

Apuntes para una poética de la luz en José María Heredia

0. Suele afirmarse, en general, que los movimientos literarios españoles preceden cronológicamente a los hispanoamericanos. Al contrario, por lo que a Heredia (1803-1839) se refiere, cierta crítica ha reconocido una primacía del poeta cubano con respecto al romanticismo español¹, destacando los tópicos consagrados, temáticos y espirituales, que lo pueden colocar dentro de la estética romántica: la nostalgia y el amor a la libertad (casi toda su obra la escribe en el destierro), el profundo panteísmo, la meditación sobre las ruinas, el tema de la fugacidad, el espíritu rebelde, la simpatía por lo salvaje, etc. etc. No quiero, y no puedo, aquí actualizar la vieja e inmarcescible discusión sobre dicha primacía. Sabemos todos que Heredia ha sido estudiado desde muy diferentes puntos de vista: como poeta neoclásico, como precursor del romanticismo, e incluso como el primer escritor romántico de lengua española.

Sin embargo quizás el aspecto más peculiar de la adhesión de Heredia al Romanticismo, en el cual hasta ahora no parece haberse parado suficientemente la crítica, se advierta (directa o indirectamente) en el asomarse insistente de una macro-imagen, la de la *luz*, alrededor de la cual se organiza una constelación articulada de significados, en combinación con una multiplicidad de sinónimos y antónimos que se distribuyen en un amplio espectro dilatándose, a su vez, desde una tendencia estrictamente denotativo-realística, hasta descomponerse en alegorías complejas de sentidos plúrimos. En efecto, el tratamiento de la luz por parte de Heredia, tanto en el nivel puramente fenoménico, como en el de superación del puro fenómeno físico, podría resultar, a mi juicio, un instrumento de codificación más de la infinita semántica de su poética.

1. Una de las más límpidas y ejemplares formulaciones de exaltación de la luz, precoz y determinada (el poeta tiene quince años), aparece en *La desconfianza* (de 1818): al igual de un epígrafe a toda su producción lírica, Heredia parece querer fundamentar, de manera casi programática, los estatutos de su propia operación de escritura y de su percepción de lo real (en cuanto percepción física y psíquica).

El poema se abre con estas palabras:

Mira, mi bien, cuán mustia y desecada
Del sol al resplandor está la rosa Que
en tu seno tan fresca y olorosa Pusiera
ayer mi mano enamorada.²

Los versos revelan, en la magistral colocación del hipérbaton, que pone en evidencia una imagen plenamente solar, un original elogio de lo efímero, cuyo estatuto resulta atípico con respecto a lo general de las naturalezas muertas: una extremada búsqueda de iluminación natural, que prefigura todo su itinerario lumínico, recorre un espacio interior en que la luz es instrumento determinado a bloquear y fijar tiempo y memoria, y a ensanchar de significado el evento concreto y presente, con el fin de grabarle el sello de la belleza y de la poesía, sustrayéndolo, por lo tanto, a la negativa contingencia.

2. Pero no trataré aquí de subrayar cómo el tema de la luz puede conectarse con la vista interior -la vista "otra" del poeta-, es decir como iluminación y visión, y analizar por lo tanto su funcionalidad diegética, lo cual me parece evidente en la poesía³ de Heredia, cuanto de verificar, aunque de paso y sólo sugiriendo una hipótesis de lectura, su estructura a nivel formal y su funcionamiento como estrategia estilística.

Me limitaré aquí tan sólo a esbozar un conjunto de notas heterogéneas que habrá que completar, profundizar y sistematizar.

3. La luz, por su amplitud, su versatilidad, y su movilidad sustancial y formal suele encontrar las condiciones privilegiadas para alcanzar, gracias a los juegos de la analogía, extraordinarios espacios de significación, ofreciendo las coordenadas idóneas y eficaces para capturar y expresar lo invisible e inaprensible del amor, de la esperanza y del deseo, de la indignación, del furor, del miedo.

3.1. Mientras que en los procedimientos analógicos de la similitud, el nexo sintáctico "como" tiende a correlar en secciones distintas las dos entidades dando lugar a una escansión bimembre de la relación analógica

(por ejemplo: "tus ojos divinos resplandecen / *Como* el astro de Venus en el cielo" (*A...*, en *el baile*, p. 18); "brillan sus ojos, / Bien *como* rayo entre tormenta umbría" (*A los griegos*, en 1821, p. 50), etc.), en numerosas estructuras metafóricas de Heredia, la osmosis y la simbiosis entre las dos entidades resultan ser totales al proyectar un magma semántico a veces casi indistinto.

Es ejemplar el poema *Ausencia y recuerdos*:

Ayer nos vio este río en su ribera
Sentados a los dos, embebecidos En
habla dulce, y arrojando conchas Al
líquido cristal, mientras la luna A mi
placer purísimo reía, Y con su luz
bañaba Tu rostro celestial

[...]

Me seguirá la seductora imagen De tu
beldad. En la callada luna Contemplaré la
angelical modestia *Que en tu serena frente
resplandece; Veré en el sol tus refulgentes
ojos.* (p. 26)

Resulta interesante ver cómo, a través de un ingenioso sistema de analogías y metamorfosis, si en un primer momento, al borde del agua, la mujer sólo pertenece al mundo de la luz por una relación de contigüidad -por contacto- progresivamente, se vuelve sustancialmente luz (y luz con connotaciones intensivas), en cuanto en ella misma el recuerdo de Lola, su amada, está contenido.

Justamente en esta referencialidad -referencialidad exquisitamente romántica (aunque de abolengo tradicionalmente barroco- reside gran parte del cosmos herediano, donde la correspondencia, la analogía, la osmosis, y la fusión entre lo humano y lo cósmico arrastra la funcionalidad intercambiable de una concepción especular del mundo. Y es en función de un eje de simetría y reciprocidad, que se establece aquí bajo la instancia lírica gozosamente panteísta y añorante de juventudes en paraísos perdidos, que es posible llegar a aislar espacios privilegiados de la actividad analógica (como puede comprobarse en este caso específico la relación se establece entre los elementos cósmicos -"la [...] luna" / "el sol"- y los detalles anatómicos -"tu [...] frente" / "tus [...] ojos"⁴-), los que podrían considerarse como punto de arranque para reflexionar también sobre las diferentes modalidades de la estructura metafórica que van generándose en torno a la *luz* y sus *eterónimos*⁵.

3.2. Tal riqueza icónica estriba así en un sugerente *imperio analógico*, un *universo reversible* en el cual, por ejemplo, el agua puede tener naturaleza luminosa (*agua > luz*). En los versos heredianos la intensa crisis de lo líquido con lo lumínico lleva a soluciones del tipo: "rastro de espuma brillante"⁶, "Largo rastro de luz"⁷, "mar de oro"⁸.

Puede participar también, en esta fusión, lo incandescente, como en la imagen que se refiere al volcán Popocatepetl ("mil torrentes de fuego"⁹) o en las que dedica Heredia al océano, donde además puede agregarse el elemento sonoro de categoría antropomórfica¹⁰.

3.3. Pero sabemos también de la importancia fundamental del *universo hidrópico* en Heredia: sus versos se entregan a la honda seducción de lo líquido y luego su dinamismo metafórico no podía evitar la dimensión lumínica y llevar a la metamorfosis acuática también la luz (*luz > agua*). Por lo tanto, la luz puede asumir consistencia matérica implicando calidades líquidas y llegando a asumir las virtudes del agua. La estrecha unión entre lo lunar y lo acuático es sobradamente conocida, pero podemos contar también con unos eidemas donde la fuente, fuente luminosa por supuesto, es de naturaleza diurna¹¹. Para fundamentar todo esto me permito enumerar una serie de casos significativos, por que quizás la manera más eficaz de probar la existencia, la extensión, la variedad y la vitalidad extraordinarias de un tropos obsesivo sea la acumulación misma de las mismas ejemplificaciones.

3.3.1. La luz, la que entra a formar parte de la categoría de lo líquido, por lo tanto puede *bañar*, determinando de tal manera interesantes formas de sinestesia, muy en consonancia con el sincretismo romántico:

3.3.1.1. "en la noche / Veré la tierra en *esplendor bañada*, / *Al vislumbrar de la fulgente luna*, / Y no seré feliz" (*La inconstancia*, p. 14);

3.3.1.2. "mientras *la luna* / A mi placer purísimo reía, / Y con su luz bañaba / Tu rostro celestial" (*Ausencia y recuerdos*, p. 26);

3.3.1.3. "Mientras *la luna* en esplendor bañara / Con un rayo de luz su tersa frente..." (*El desamor*, p. 28);

3.3.1.4. "la clara *luna*, / Resplandeciente en la mitad del cielo, / A través de los árboles sombríos / Con suave vislumbrar bañaba el suelo / Con su plateada luz" (*Las sombras*, p. 74);

3.3.1.5. "Y oro teñirse, reflejando el brillo / Del *sol* en occidente, que sereno / En yelo eterno y perenal verdura / A torrentes vertió su luz dorada" (*En el Teocalli de Cholula*, p. 107);

3.3.1.6. En los campos bañados por *la luna* / Siguen nuestras miradas pensativas / La sombra de las nubes fugitivas / En *océano de luz* puro y sereno!" (*Placeres de la melancolía*, p. 116); etc.

3.3.2. Las imágenes pueden intensificarse ya que la luz, con su actitud invasora, puede inundar.

3.3.2.1. "¡Cómo el *sol* en tu bello occidente / Inundaba en su luz dulcemente / De mi amada la cándida faz!" (*Vuelta al sur*, p. 67);

3.3.2.2. "Cual los Andes en luz inundados / A las nubes superan serenos" (*Himno del desterrado*, p. 69);

3.3.2.3. "Y encima descollar nevadas cumbres, / Y dibujarse en el desierto cielo / inundadas en luz" (*En la apertura del Instituto Mexicano*, p. 81);

3.3.2.4. "Vaga en la luz del *sol*, cuando éste inunda / Al cielo, tierra y mar en olas de oro" (*Poesía*, p. 111);

3.3.2.5. "Cubre la viña el ondulante suelo / De esmeraldas y púrpura, y los valles / en diluvio de luz el *sol* inunda" (*Atenas y Palmira*, p. 130); etc.

3.3.3. A menudo la luz se puede beber.

3.3.3.1. "Y en tus ojos divinos, / bebo rayos de luz y de esperanza" (*A Lola, en sus días*, p. 24);

3.3.3.2. "Clavar la vista al *sol*, y ansiosamente / Beber su inmensa luz" (*Al genio de Libertad*, p. 95);

3.3.3.3. "Muy más allá de su región oscura / Bebe del *sol* purísimo la lumbre, / Y sobre un horizonte ilimitado / Los desiertos del éter señorea" (*Progresos de las ciencias*, p. 129); etc.

3.3.4. Pero también, con otros deslizamientos metafóricos, la luz se puede *respirar*.

¡Cuba! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las ondas hirvientes que miras
De tu playas la arena besar.

(*Himno del desterrado*, p. 71)

4. Responde además a la instancia más profunda de la *rêverie* herediana el *efecto palingenético* de la luz: la frescura balsámica de la luz de la luna en oposición a la luz, aquí en su forma *disfórica*, del sol¹²:

Del *sol ardiente*
El fuego me devora,
su *luz abrasadora*
Acabará de marchitar mi frente.
Sola tu *luz ¡oh luna!* pura y bella,
Sabe halagar mi corazón llagado,
Cual fresca lluvia el ardoroso prado.

{*El desamor*, p. 27)

5. En las analogías pánicas de Heredia pueden entrecruzarse también otros mundos sensoriales. En el sintagma del *Himno del desterrado*: "*Escuchando a los rayos y truenos*" (p. 69), se contrae la percepción visiva y el zeugma da vida a una sinestesia muy sugerente que refleja una vivencia extremadamente destrozada; al contrario en los versos de *A la estrella de Venus* ("El eco de su voz y su sonrisa / Para mí era *luz*": p. 41) prevalece la percepción visiva sobre la auditiva. Pueden intervenir incluso palabras de sentidos opuestos que parecen excluirse mutuamente, con contraste plenamente romántico, como en los versos de *Al C. Andrés Quintana Roo* ("En la historia / Él brillará, pero con *luz umbría*, / Cual infausto mortífero cometa": p. 99), donde el oxímoron se articula en torno a una estructura apofática —una adversativa regida por un "pero"- que atrae sobre sí toda la disforia. De la unión de los contrarios se pasa también a otros modelos retóricos, como aquel tipo de hipérbole que consiste no tanto en el intensificar una afirmación ("*brillante sol*", *passim*) sino en el superarla, como en los titánicos, extraordinarios versos: "dadme un *sol de fuego*, / [...] / Y me veréis feliz...!" (*Al Sol*, p. 138).

6. Muy atento a los signos de la finitud, y de manera especial a la dimensión temporal de la existencia, Heredia modula las reciprocidades de las categorías del tiempo humano y del tiempo cósmico contando la historia cotidiana de la luz en sus infinitas posibilidades, desde el nacimiento hasta la muerte del día:

Con purpúreos colores *anunciando*
Al ya próximo sol, las nubes dora,
Que en rocío disueltas, van ahora
Las hierbas y las flores argentando.
(*La mañana*, p. 46)

Ya la noche sombría
Quiere tender su diamantado velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo día.
{*A la estrella de Venus*, p. 40)

Aurora y crepúsculo, umbrales de transición entre los dos tiempos absolutos de la noche y del día, marcan de forma eufórica el ritmo de la espera y de la nostalgia en este poeta astral en cuyo imaginario el espacio cósmico y el espacio interior se compenetran y se reflejan con recíproca correspondencia.

Aún en el poema *A la estrella de Venus*, leemos:

Estrella de la tarde silenciosa, Luz
apacible y pura De esperanza y
amor, salud te digo. En el mar de
Occidente ya reposa La vasta frente
el sol, y tú en la altura Del
firmamento solitaria reinas. *¡Hora
feliz y plácida cual bella!* Tú la
presides, vespertina estrella. Yo te
amo, astro de paz. (p. 40)

y *En el Teocalli de Cholula*:

Era la tarde; su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre la hierba y árboles dormía,

Mientras el ancho sol su disco hundía Detrás
de Iztaccihual. La nieve eterna, Cual
disuelta en mar de oro, semejaba Temblar en
torno de él; un arco inmenso Que del
empíreo en el cenit finaba, Como espléndido
pórtico del cielo, De luz vestido y
centelleante gloria, De sus últimos rayos
recibía Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fue; la blanca luna Y de
Venus la estrella solitaria En el cielo
desierto se veían. ¡Crepúsculo feliz! Hora
más bella Que la alma noche o el brillante
día, *¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!* (p.
107)

Conclusiones. Habría que aludir todavía a otras cifras exegéticas -y cito sólo algunas al vuelo y de manera del todo casual, cuales el aspecto teofánico de la luz¹³ o el espacio consagrado al binomio *luz-sangre*¹⁴. Por supuesto, aquí he intentado proporcionar sólo una pista para un trabajo más amplio y sistemático. Con todo, por ahora, para sintetizar y concluir puedo adelantar que:

Heredia, al hacer de la luz una de la materias primas de su mundo poético, comprendió cabalmente la inextinguible riqueza de un arquetipo que podía abarcarlo todo. Infinitamente fértil, infinitamente proteico, origen de toda vida, podía serlo de toda metamorfosis y también metáfora de toda realidad, perpetuamente renovable en sus infinitos aspectos.

ANTONELLA CANCELLIER
Universidad de Milán

¹ Cfr. Ángel Aparicio Laurencio, *¿Es Heredia el primer escritor romántico en lengua española?*, Miami, Florida, Ediciones Universal, 1988, al cual remito para una panorámica general sobre el tema.

² José María Heredia, *Niágara y otros textos (Poesía y prosa selectas)*, ed. Ángel Augier, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 3. Todos los textos citados pertenecen a esta edición. En todas las citas, el énfasis es mío.

³ Sin duda, poesía de la subjetividad proyectada sobre la naturaleza, poesía plenamente romántica donde el paisaje es viva encarnación del Yo. Para comprobar esta adhesión simpática del Yo a los *fenómenos naturales* valgan como ejemplo de representación centrífuga los siguientes versos de *Ausencia y recuerdos*: "Pero vi tu beltad por mi ventura, / Y ya del sol el esplendor sublime / Volvióme a parecer grandioso y bello" (p. 25); y de representación centrípeta, los de *La resolución*: "Del Oceano / Las arenosas y desnudas playas / Devoradas del sol de mediodía, son imagen terrible, verdadera / De mi agitado corazón" (p. 35).

⁴ Dicha correspondencia está concentrada insistentemente en los *detalles anatómicos*, y justamente los *ojos* representan uno de los espacios más trillados y utilizados. Incluso cuando se atribuyen, de forma antropomórfica, a los astros -y por eso valga tan sólo un ejemplo: "Si al alto vuelvo la llorosa vista, / En la pureza del eterno cielo / El bello azul de tus modestos ojos / Lánguido miro / Si miro acaso en su veloz carrera / El astro bello que la luz produce, / El fuego miro que en sus grandes ojos / Mórvido brilla" (*A la hermosura*, p. 13)-, un poderoso caudal icónico, donde la *luz* (en reiteradas ocasiones con *connotaciones térmicas*) reside en los *ojos*, atraviesa constantemente los poemas de Heredia: "La viva luz de tus benignos ojos" (*A Lola, en sus días*, p. 24); "Y en tus ojos divinos, / Bebo rayos de luz" (*ibid.*); "Y te miré con ojos do brilla ba / La más viva pasión" (*La resolución*, p. 35); "¿Nunca mis ojos / En otros ojos hallarán ardiendo / La llama del amor?" (*A Rita L.*, p. 37); "El sueño huyó de mis ardientes ojos" (*Atala*, p. 38); "Y en tus ojos afables / Brillar la inteligencia y la ternura" (*Adiós*, p. 43); "Y la llama que aún arde en mis ojos" (*Vuelta al sur*, p. 67); "Se ostenta la beldad, y arde en sus ojos / Del sol del Ecuador la etérea llama" (*En la apertura del Instituto Mexicano*, p. 80); etc.

⁵ Se desprende pronto que la poética de la luz en Heredia es una poética cósmica donde el advenio luminoso está ligado a la aparición de los grandes luminarios (el sol, la luna, el firmamento estrellado) y a los fenómenos naturales.

⁶ Reina el sol, y las olas serenas/ Corta en torno la proa triunfante, / y hondo rostro de espuma brillante / Va dejando la nave en el mar" (*Himno del desterrado*, p. 68).

⁷ "En las brillantes noches del estío / Grato es romper con la sonante prora,
/ *Largo rastro de luz* tras sí dejando / Del mar las ondas férvidas y oscuras"
{*Poesía*, p. 111).

⁸ "La nieve eterna, / Cual disuelta en *mar de oro*, semejaba / Temblar en
torno de él" (*En el Teocalli de Cholula*, p. 107).

⁹ "El boquerón horrendo, do inflamado / Tu pavoroso cóncavo respira! / ¡Por
donde ardiendo en ira / Mil *torrentes de fuego* vomitabas" (*Al Popocatepetl*,
p. 102).

¹⁰ "Y entorno, cual *rugiente* catarata, / *Hierven montes de espuma*" (*Al
Oceano*, p. 148); "De tus *hirvientes olas* agitadas / El solemne *rugido*" (ibid.).

¹¹ De acuerdo con esta relación, en muchos sintagmas, este mensaje se refuerza
semánticamente también gracias a una isotopía donde los lexemas *luna* y
sol arrastran consigo mismos una cascada de sonidos que brota del juego
fónico de las líquidas. Como ejemplo, anticipo tan sólo el primer caso
sacado de 3.3.1.: "en la noche / Veré la tierra en esplendor bañada / Al
vislumbrar de la
fu/gente luna, / Y no seré feliz" (*La incostancia*, p. 14).

¹² Sin embargo, no se quiere separar lo solar de lo lunar ya que, en otros
versos, se alude, más o menos directamente, a características *eufóricas* del sol
respecto a su poder benéfico, por ejemplo: "A ellas *el padre de la luz* envía / *Su
ardor vivificante*" (*La resolución*, p. 35); " ¡Cielo hermoso del sur! [...] / [...] /
Al sentir *tu benéfico influjo*, / [...] / Mientras pueda lucirme *tu sol*" (*Vuelta al
sur*, p. 68); "Tú, *Sol*, tú sólo / Mi vida conservaste: *mis dolores* / *Cual humo al
aquilón desaparecieron*, / Cuando en Cuba *tus rayos bienhechores* / En mi pálida
faz resplandecieron" (*Al Sol*, p. 138). En la estética herediana, de hecho,
participa del paisaje de la luz una *simbología jerárquica* y *monárquica*, absolu-
tamente paritaria, de los regímenes nocturno y diurno del imaginario.

Transcribo aquí algunos ejemplos. Para la luna: "Y en el alta *majestad* de su
belleza / Brillará, cual saliendo de las nubes / La blanca *luna* en el profundo
cielo" (*En la apertura del Instituto Mexicano*, p. 80); "Su ebúrneo semblante /
Nos muestra la *luna*, / Y en torno la ciñe / *Corona* de luz" (*Calma en el mar*,
p. 146); etc. Para el sol (y los casos son muy variados): "El alma *sol* en el sereno
cielo / [...] / Se alza con *majestad*" (*La incostancia*, p. 14); "Vendrá a lucir el
sol en vuestras copas / con gloria y *majestad*: mas a mi alma / De borrasca
furiosa combatida, / No hay un rayo de luz..." *Misantrópia*, p. 17); "Y en el
cielo profundo, desierto, / *Reina* puro el espléndido *sol*" (*Vuelta al sur*, p.
67); "*Reina* el *sol*, / y las olas serenas / Corta en torno la prora triunfante"
(*Himno del desterrado*, p. 68); "Yo te amo, *Sol*: / [...] / Cuando tus rayos /
Nos arrojas fogoso / Desde tu *trono* en el desierto cielo" (*Al Sol*, p. 137).
Tampoco el pasaje intermedio entre el día y la noche deja de tener su
soberanía, su dignidad real, como se puede confirmar en el poema dedicado

a *La estrella de Venus*: "*Estrella de la tarde* silenciosa, / Luz apacible y pura / De esperanza y amor salud te digo. / En el mar de Occidente ya reposa / La vasta frente el sol, V tú en la altura / Del firmamento solitaria *reinas*" (p. 40). Al contrario, desde el punto de vista de la *autoridad genealógica*, sorprende la neta dicotomía entre los dos arquetipos. Asombra, en efecto, el hecho de que el espacio del sol, cuya esencia paterna llega en Heredia a los límites de la exaltación, logra aplastar, anulándolo, de manera absoluta, el espacio de la luna, cuya fecundidad nutritiva debería constituir un tópico bien conocido. Unos ejemplos emblemáticos pueden confirmar la estructura mítica personal de nuestro poeta: "A ellas *el padre de la luz* envía / Su ardor vivificante" (*La resolución*, p. 35); "Cual gigante imperioso / Alza el *Sol* su cabeza encendida... / ¡Salve *padre de luz* y de vida, / Centro eterno de fuerza y calor!" (*Himno al Sol*, p. 144).

¹³ Valga un ejemplo emblemático: "De mi niñez en los ardientes días / Mi padre venerable me contaba / Que Dios, presente por doquier, miraba / Del hombre las acciones, y en la noche / El cielo de los trópicos brillante / Contemplando con éxtasis, creía / *Que tantas y tan fúlgidas estrellas* / *Eran los ojos vivos, inmortales de la Divinidad*" (*Contemplación*, p. 126).

¹⁴ "Marcha de *sangre* y devorante *fuego*" (*A los griegos, en 1821*, p. 48); "Luchad, héroe, venced, y en vuestro suelo / De paz y de justicia, / De libertad y *luz*, de dicha y gloria, / La semilla feliz, en vuestra *sangre* / Robusta brotará" (*En el aniversario del 4 de julio de 1776*, p. 66); "Brilló la triste *luz*, corrió la *sangre*" (*Las sombras*, p. 72); "Truena el torpedo, y sus soberbias naves / Saltan, se *incendian*, y en el mar *ardiente* / Llueven armas, cadáveres y *sangre*" (*En la apertura del Instituto mexicano*, p. 82); etc.